

LA IGLESIA EN EL MUNDO DE HOY

«ES FACIL ESTAR CON EL PAPA CUANDO SU PALABRA COINCIDE CON NUESTROS CRITERIOS; NO TANTO CUANDO DISIENTE DE NUESTRAS ORIENTACIONES»

El arzobispo de Madrid, en un documento pastoral, señala la necesidad para el católico de estar "siempre" con el Papa

"NO EJERCEREMOS UNA ACCION EFICAZ EN LA IGLESIA SI NO NOS APOYAMOS EN PABLO VI"

Con ocasión del Día del Papa, que se celebra en la fiesta de San Pedro, el 29 de junio, el arzobispo de Madrid, cardenal Enrique y Tarancón, escribe, con el título «Confirma a tus hermanos», una exhortación, en la que dice:

«El Papa es la piedra fundamental de la Iglesia visible. El es quien ha de «confirmar a los hermanos en la fe»; quien ha de señalar los cauces de la evolución doctrinal. A él está confiada la eficacia última de toda la acción pastoral. Bien sé que el Papa es «el Vicario»; hace las veces de otro, de Cristo. Pero Cristo le ha dado con su representación sus poderes sobre toda la Iglesia. Cristo habla para todos los cristianos por boca del Papa.

El Papa no es una idea abstracta; es una realidad concreta. No es tan sólo un cargo o un oficio; es una persona determinada. El Papa, Vicario de Jesucristo, maestro de la fe, principio de unidad del pueblo de Dios, vínculo de unión entre la Humanidad y Cristo, se llama ahora Pablo VI. Y Pablo VI, con su propia personalidad, con sus cualidades concretas, es ahora la piedra fundamental de la Iglesia visible. No podemos estar seguros de nuestra fe si Pablo VI no nos confirma en ella. Aunque creamos sinceramente que nosotros tenemos razón, en contra de sus directrices doctrinales. No seremos miembros vivos de la Iglesia si no estamos en comunión con Pablo VI. Aunque no nos guste su actuación o nos resulte poco simpática su persona. No ejerceremos una acción eficaz en la Iglesia si no nos apoyamos en Pablo VI. Aunque nos creamos más inteligentes, más conocedores de la realidad en que debemos actuar, más fieles a las inspiraciones de Dios.

Es muy fácil estar con el Papa cuando su palabra coincide con nuestros criterios. Y entonces subrayamos ostentadamente nuestra fidelidad. Es muy fácil obedecer al Papa cuando sus orientaciones y mandatos coinciden con nuestra postura. Y entonces alardeamos de nuestra obediencia. Es más costoso estar con el Papa cuando su palabra disiente de la nuestra..., cuando sus orientaciones y sus mandatos están en contra de nuestra postura. Y cabe el recurso de decir, en el primer caso, que el Papá está mal informado. O de afirmar, en el segundo, que el Papa actúa presionado por ciertas mentalidades o grupos. Entonces nosotros, sin darnos cuenta, nos constituimos en jueces del Papa. Prácticamente, no estamos con él, no recogemos con él. Y «el que no recoge con Cristo, desparrama». Y el que no está con el Papa, no está con Cristo. Así lo dijo claramente el Maestro. Aunque nosotros queramos excusar nuestra inhibición o nuestra desobediencia con razones más o menos especiosas.

Nos estamos acostumbrando a proceder y juzgar demasiado humanamente, aun en las cosas que atañen a la fe. El clima na-

turalista y desacralizado del mundo se ha metido en el interior de la Iglesia.

Continuamos aclamando al Papa, pero nos resistimos, no pocas veces, a rendir nuestro juicio o nuestros intereses a su palabra y a su autoridad. Repetimos y proclamamos las palabras del Papa cuando nos son propicias. Las silenciamos fácilmente cuando nos son adversas. Incluso se ha hecho demasiado frecuente en el seno de la Iglesia la crítica contra el Papa. Y también

ha brotado en la misma Iglesia la cizaña de la «contestación». Y toda «contestación» en la Iglesia es, prácticamente, una acusación contra el Papa.

Lo más grave —a mi juicio— es que la contestación surge en ambientes distintos, casi opuestos. Se explica, aunque no se justifica, la contestación de quienes pretenden reformar la Iglesia por caminos extrajerárquicos. Por fidelidad a los carismas que creen poseer o por fidelidad a los hombres, exigen ciertas reformas que el Papa no apoya.

Tecólogos, sacerdotes, religiosos —quizá hasta obispos—, impresionados por la realidad actual del mundo, quieren una Iglesia más encarnada; como dicen, más humana. E intranquilos y desasosegados por la lentitud de la renovación posconciliar, quieren imponer sus criterios; prácticamente, quieren presionar al Papa.

Pero no se explica la contestación de quienes hacen continuamente alardes de jerarquismo. De quienes rasgan sus vestiduras ante cualquier divergencia de las enseñanzas y orientaciones pontificias. También éstos se sienten, algunas veces, no sólo en posesión de la verdad, sino de los criterios prudenciales y de los procedimientos adecuados para aplicar la verdad a las vicisitudes de la vida de la Humanidad. Y por fide-

dad a la tradición y a la Iglesia se oponen a ciertas renovaciones aprobadas por el Papa.

El Espíritu Santo asiste y vivifica a la Iglesia; la rige, invisible, pero eficazmente. Y la presencia del Espíritu se nota particularísimamente en la persona y en la actuación del Papa. Pío XI, Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI —para referirnos exclusivamente a los que muchos hemos conocido—, a pesar de sus diferencias —psicológicamente eran muy distintos— han sido, cada uno en su tiempo, el Papa que la Iglesia necesitaba. Sus mismas diferencias psicológicas han sido los medios de que se ha valido el Señor para superar las dificultades de cada momento y para abrir serena, pero decididamente, los cauces de la renovación que el Espíritu Santo se proponía.»

SEPELIO DE MONSEÑOR MORTA

Los restos mortales del que fue obispo auxiliar y vicario general de Madrid-Alcalá, monseñor Angel Morta Figuls, recibieron ayer tarde cristiana sepultura en la capilla de El Pilar de la iglesia catedral de Madrid.

El cardenal arzobispo, monseñor Vicente Enrique y Tarancón, concelebró con los obispos auxiliares de la diócesis, monseñor Ricardo Blanco y monseñor Ramón Echarren una misa funeral.

En la homilia el doctor Enrique y Tarancón tuvo palabras de recuerdo hacia el anterior arzobispo de Madrid, doctor Morcillo, que hace algo más de un año falleció, pasando seguidamente a referirse a la larga y penosa enfermedad de monseñor Morta, e hizo una semblanza de su personalidad considerándole como uno de los hombres más preocupado por la formación del clero.